

EL PORVENIR DEL OBRERO

ECO DE LA AGRUPACION GERMINAL

DIRECCIÓN: J. Mir y Mir—PRIETO Y CAULES, 13.—MAHÓN (ISLAS BALEARES).

Jugar con fuego

Una máquina de la «Industrial Mahonesa», ha cogido á una niña de nueve años y la ha destrozado. La infeliz trabajaba en aquella fábrica de Mahón, doce horas diarias y ganaba unos cuantos céntimos. La prensa balear relata el triste suceso, clasificándolo en la categoría de *desgracia casual*, como si la pobre niña no hubiese muerto en un accidente del trabajo.

Meditando estaba yo este asunto, para hacer mi crónica... Ocurriáseme, ante todo, que el egoísmo humano atribuye demasiados dolores y desgracias á la casualidad, y pensaba luego católicamente, en que Dios, sin cuya voluntad no se mueve la hoja en el árbol, deja á las máquinas cojer á los niños, triturarlos y despedazarlos.

Es esto, pusieron sobre mi mesa *La Epoca*... Evocado por un relato suyo, apareció ante mis ojos Biarritz, con todos sus esplendores... Banquetes y bailes con contillón en el *Coutry*... Príncipes, duques y condes, rusos, alemanes y españoles entregados á todas las delicias del dinero gastado á manos llenas... Niños, ricamente ataviados, jugando en la playa, donde no hay máquinas que trituren sus miembros sonrosados... Y pensaba, viendo el fastuoso desfile, que esto, como la desgracia de Mahón, debía ser una *felicidad casual*, es decir, uva felicidad ilógica é injusta.

Y trás *La Epoca*, trajerónme *El Español*, órgano de Gamazo el católico, y de Maura el cristiano, y halléme en él, de manos á boca, con un cronista pálido y amedrentado, porque el jurado de pensionados de Roma, había dado á los pintores para asunto de sus cuadros el siguiente tema: «La familia del anarquista el día de la ejecución».

¡Pobre y timorato cronista, que abomina del jurado y de los pintores, acusándoles de hacer la apología y propaganda del anarquismo! ¡Pobre y timorato cronista, á quien le parece «el anarquista que, en capilla, y ante Cristo, inculca á su hijuelo el odio á la sociedad, un sér repulsivo», como si la sangre de Cristo derramada en

el Calvario, no hubiese sido cobrada por sus adoradores en miles de millones de vidas humanas!

Al *Español* parécele que es esto jugar con fuego, aquí *donde pasamos, como se pasa el sa-rampión, la enfermedad de la compasión, hacia los "pobrecitos," anarquistas.*

¡Poco á poco!

*
**

Hace tiempo ya, que se juega con fuego, ¡Pero, quién ó quiénes son los que hacen la apología y la propaganda, no del anarquismo propiamente dicho, sino de la Revolución Social? ¡Entendámonos!

La hace ese fabricante de Mahón, que por la codicia de pagar un jornal misérrimo, pone á una niña de nueve años al alcance de la máquina que ha de despedazarla.

La hacen los príncipes, duques y burgueses, que se entregan en Biarritz á todas las delicias del dinero gastado á manos llenas.

La hacen los gobiernos, con sus abusos de poder; la justicia, con sus claudicaciones, ante el poderoso; los políticos, con sus inexplicables enriquecimientos; la prensa, con sus parcialidades; la usura, con sus insaciables mandíbulas, siempre abiertas; los Parlamentos con su egoísmo; las naciones, con sus guerras de conquistas y bandidaje; el militarismo con su insoportable pesadumbre; el clericalismo, con su soberbia creciente... La hacen la sociedad, con su indiferencia y con su hipocresía...

Frente á esta propaganda, en la que cabe buena parte á *El Español* y á sus amigos, á *La Epoca* y á los suyos, es cosa baladí, la obra de arte en que se refleja el dolor de una familia, en la hora triste y rugiente en que el padre sube las gradas del patíbulo ó baja al foso, donde ha de ser fusilado.

Antes, se pretendía ahogar la aspiración de justicia, entrevista por el pueblo en una revolución social, con la mordaza y con la horca, con los brutales tormentos de las cárceles jerezanas y del castillo de Montjuich; se pretendía que había partidos legales é ilegales, que la profesión de una idea, siquiera fuese la exaltada anarquista, era un delito, y se creía lograr el concurso de

toda la sociedad explotadora, para exterminar el deseo de reivindicación de los explotados.

Todos los hombres de corazón, hemos protestado y protestaremos, de esta repugnante brutalidad gubernamental, que debe parecerle al cronista de *El Español*, miel sobre hojuelas, cuando nos supone enfermos de un sarampión, que pasará pronto, de una enfermedad de compasión hacia los «pobrecitos» anarquistas. Así, «pobrecitos», entre comillas; dicho con desmedrado humorismo ortográfico.

Estos «pobrecitos» espíritus fuertes, son deliciosos. Son los mismos que hicieron creer al juez Marzo, que en Jerez de la Frontera y en Barcelona realizaba una obra de redención social torturando inocentes; son los mismos que nos creen propagadores del anarquismo, porque pedimos la reivindicación de la justicia en el proceso de Montjuich, el castigo de los verdaderos culpables del atentado de la calle de Cambios Nuevos y de los brutales delitos, verdaderamente anarquistas, cometidos en los calabozos de la fortaleza catalana.

Asombrados de que el descoyuntamiento de huesos, el apaleamiento, el retorcimiento de testículos, el fuego y el casco, hayau sido ineficaces medios de exterminio, traman ahora la conjura del silencio... ¡Que no se pronuncien discursos! ¡que no se escriban artículos! ¡que no se pinten cuadros!

Maravilla la estulticia de estas gentes. Por egoísmo debieran quitar: «¡Hágase la justicia!» con nosotros, que sin ser anarquistas, lo tememos todo de la propaganda que diariamente hace el cínico goce de la injusticia.

Pague ese fabricante de Mahón, su delito de explotar á una niña de nueve años; paguen esos príncipes rusos y esos duques españoles, su crimen de dilapidar en un día de Biarritz, el dinero que bastaría para calmar el hambre de pueblos enteros; hágase una sincera revisión de esa inmensa vergüenza policiaca que el gobierno ampara, atiéndanse las demandas reivindicadoras del partido socialista y del pueblo obrero, y déjese al poeta que cante y al artista que pinte la tristeza amarga y trágica de su tiempo, ¡de este tiempo misérrimo y egoísta, en que, hasta las plumas de los cronistas, parecen hechas con acero de los instrumentos bárbaros, con que los esbirros de Portas, flagelaban las carnes de hombres inocentes!

DIONISIO PÉREZ.

Al trasladar y hacer nuestras las palabras del escritor ilustre, director de *Vida Nueva*, no pretendemos acusar á nadie personalmente del crimen á que el escrito se refiere, porque la verdad

guia siempre nuestra pluma, y en este caso, sabemos que el criminal no es un hombre, ni una colectividad, sino el régimen maldito de explotación que todos padecemos, el modo de ser de la sociedad en que vivimos y que consentimos, por ignorancia los unos, por egoísmo los otros.

A los empleados de la «Industrial Mahonesa» les sorprendería el hecho y lo lamentarian sinceramente. Pasarían momentos de consternación cuando todos creían que la niña cogida por la máquina iba á morir á las pocas horas, y habrán tenido una verdadera satisfacción en socorrerla al comprender que se iba curando. ¡Porqué, pues, permiten que continúe el abuso de tener metidas doce horas diarias entre máquinas peligrosas á infinidad de criaturas menores?

Esto es muy largo de contestar: la costumbre, que santifica todas las malas acciones; la consideración á las familias que solicitan como un favor la colocación de sus niños; el accionista, que se queja de cobrar intereses muy reducidos y exige economías en los jornales.

El accionista es el mismo siempre y en todas partes; quiere que su capital produzca, que produzca lo más posible. Tiempo le quedará despues para ser misericordioso y caritativo, gastando con ostentación una parte de ese dinero acumulado á costa de la salud y de la vida del pobre. Cada día nos enternecen los periódicos con rasgos humanitarios de hombres generosos de tal manera enriquecidos.

Las familias que llevan á sus niños al taller, desconociendo los males que el excesivo trabajo ha de ocasionarles, además de los accidentes fortuítos, cómo son: entorpecimiento á su natural desarrollo, enfermedades que contraen, relajación de la moral, falta de instrucción á que se les condena, etc., etc.; las familias, decimos, parecen desde luego mucho más culpables. Sin embargo, no hemos visto nunca que vayan á la fábrica los hijos de los aristócratas. ¿Qué significa ésto? Que los que van no es por lujo, ni por capricho de sus padres, sino porque éstos necesitan mucho los céntimos que sus hijos ganan, porque, dada la estrechez en que viven, cualquier migaja les es un desahogo, porque no tienen manera de pagar á quién cuide de los niños mientras ellos trabajan: en la fábrica les tienen cerca y les son ayuda para la vida. Desgraciadas familias!

Cómo no queremos adular á nadie, y menos al pueblo, porque le queremos más, debemos confesar que hay excepciones. Existen familias que explotan miserablemente á los pequeñuelos para comprar un cintajo á la hermana mayor ó para que el padre pueda beberse algunas copas más en la taberna. Esto es una infamia. Una par-

te del pueblo trabajador está embrutecida. Este es el argumento magno de los hombres gubernamentales, de los sostenedores del régimen imperante, que no comprenden ¡miserables! que esta es su mayor condenación. Vamos á verlo.

¿Porqué están algunos pobres embrutecidos? ¿Porqué son ignorantes?

Para contestar precisa que preguntemos primero: ¿á cargo de quién ha estado durante muchos siglos la instrucción y la educación del pueblo? Los hombres de Iglesia, que han tenido el poder moral, los que han ejercido autoridad, que han poseído la fuerza material: ¿qué han hecho? ¿en qué han empleado esos medios? ¿qué ejemplos han dado, éellos que estaban en las alturas, á los que desde abajo y como á seres superiores les miraban?

El cura de cada pueblo ocupado en apagar las luces que procura encender el maestro; la autoridad, que vive en buena armonía con los dueños de bodegones, garitos y casas de prostitución y con los empresarios de todos los vicios que corrompen al pueblo; los aristócratas que finjen creencias religiosas y viven entre queridas, borracheras y continuos escándalos; que contesten á nuestras preguntas. Aunque no hace falta: no hay quien no sepa que el pueblo, á pesar de todos sus defectos, es y ha sido siempre lo mejor y más sano de la sociedad humana.

El pueblo tiene, sin embargo, mucha culpa de lo que sucede.

Su culpa consiste en que, acostumbrado á que le traten como bestia, sufre la carga con demasiada resignación. Su culpa consiste en que aun no procura, por todos los medios, la destrucción de un régimen perverso que niega á los trabajadores el jornal necesario para la subsistencia, que les hace trabajar más horas de las que su salud puede resistir, que les abandona cuando enfermos ó viejos, que no les dá cuando niños un lugar donde instruirse, alojarse y entretenerse mientras sus padres trabajan, que nunca, nunca, les concede una hora de tranquilidad y alegría para que puedan amar la vida.

Por fortuna los pueblos empiezan á comprender. Tengamos fé en el porvenir.

¡Guerra á los maestros!

No es posible que los enemigos naturales del pueblo, los que le explotan, los que viven y medran gracias á la ignorancia en que el pueblo se halla sumido, no es posible que transijan con los que le enseñan y le educan, preparándole así para su emancipación. Han de gritar ¡guerra á los maes-

tros!, de igual modo que los lobos gritarían contra los pastores.

Si los pueblos se instruyen, habrása acabado el vivir privilegiado de los holgazanes; los caciques políticos y religiosos se verán despreciados, descubiertos sus engaños y perdido todo su poder; ya no estarán á disposición de unos cuantos malvados la vida, la salud y la honra de los que necesitan el triste jornal para sostener una vida llena de penalidades y vergüenzas.

Eso de que el pueblo llegue á comprender sus derechos y á conocer los medios de hacerlos efectivos, no lo consentirán nunca los que son actualmente sus verdugos. Es insensatez creer que los lobos humanos suelten la presa de buena voluntad; querrán luchar antes, lucharán despiadadamente, y como conocen bien donde está el enemigo, no es extraño que á el dirigan sus aullidos, gritando: ¡guerra á los maestros!

A los buenos maestros, se entiende, á los que verdaderamente educan y enseñan, á los que saben y quieren cumplir con su deber. Hay otros maestros que, para vergüenza del profesorado, se someten como esclavos miserables á la voluntad perversa del cura y del cacique, cobran su sueldo y descuidan la clase, de manera que es fácil conocerles: llegad á cualquier pueblo y enteraos del grado de instrucción de los jóvenes obreros; si la inmensa mayoría no sabe leer ni escribir, no lo dudeis: allí habita un maestro que es amigo del cura; la señal es infalible.

En Alayor existen dos escuelas de niños: regenta la una un maestro digno, ilustrado, conocedor de su oficio y fiel cumplidor de sus deberes; basta dirigir una mirada á la escuela en hora de clase para complender el cuidado que pone el maestro en la enseñanza; basta entretenerse en preguntar á cualquier alumno para hacerse cargo de los resultados que obtiene. Está gobernada la otra por un hombre muy amigo del cura; los padres le han ido retirando sus niños, á unos porque nada les enseñaba, á otros porque les enseñaba demasiado; algunos han tenido que acudir en queja al Alcalde del pueblo porque en esta segunda escuela aprendían los niños lo que no debieran saber y las autoridades debieran castigar.

Pues bien, el señor cura párroco de Alayor, y el cacique Salord—un aristócrata lugareño con pretensiones de terrible tirano—unidos al maestro repudiado por los padres, y apoyados los tres por un manojo de sacristanes analfabetos, furiosos porque casi todos los niños del pueblo acuden á la escuela del maestro que cumple sus deberes, han resuelto que éste sea trasladado, y para ello han puesto en juego todas sus artimañas, todas sus influencias, incluyendo en primer término, como es natural, la del Obispo de Menorca, que aseguran ha de ser decisiva. ¡Para esto trabajan hasta reventar los pobres, para ésto pagan todas las cargas del Estado, para que luego Gobiernos que se dicen liberales, en colaboración con el Espíritu Santo, les nombren Obispos, pagados á costa del sudor de todos, que no se dedican á salvar almas para el cielo, sino á perjudicar cuerpos en la tierra.

Es posible que la influencia clerical triunfe esta vez; es posible que al honrado pueblo de Alayor se le infiera el rudo agravio de robarle á quién enseña

y educa á sus niños; es posible que se desoiga la voz de la inmensa mayoría de los vecinos que piden, por todos los medios legales, que el digno maestro no sea molestado. Decimos que es posible y pudiéramos añadir que lo tenemos por seguro. ¿Porqué? Pues por esto: porque el pueblo se limita á pedirlo *por todos los medios legales*.

El pueblo de Alayor se está portando muy dignamente: no pierde ocasión de manifestar sus sentimientos favorables al maestro perseguido; exposiciones, manifestaciones, todos los medios que la ley pone á su alcance los usa para que la injusticia no prevalezca, con una constancia y un tesón dignos de loa. Sin embargo, nosotros le decimos que sus tiranos todavía esta vez se burlarán de él, y vamos á declarar en que fundamos nuestra opinión.

Los que mandan, los caciques, las autoridades que ilegítimamente poseen el poder están, como dijimos al principio, interesadísimos en que el pueblo continúe ignorante, ineducado, embrutecido. Las leyes, en realidad, no son nada, porque los encargados de interpretarlas y aplicarlas hacen siempre lo que les conviene, sin que el pueblo tenga medios de contenerles ni de hacerles cumplir con su deber. Los derechos concedidos en la ley escrita, son prácticamente ilusorios, y de la voluntad de los pueblos manifestada pacíficamente se han reído siempre los tiranos.

De lo que éstos son capaces de intentar cuando se trata de abusar de la paciencia de un pueblo, lo han visto en repetidas ocasiones los alayorenses. Ahora mismo, mientras los honrados vecinos se ocupaban en buscar firmas y organizar pacíficas manifestaciones, sus enemigos, para convencer á un dignísimo concejal y vocal de la Junta de Instrucción que estorbaba sus planes, le preparaban un atropello nocturno con amenazas de muerte, que no tuvo mayores consecuencias gracias á la oportuna intervención de algunos vecinos que acudieron á las voces de socorro. El cura párroco, en la sesión siguiente, al tratarse del escandaloso hecho, procuró quitar importancia al asunto y evitar que se elevara á la superioridad, bajo pretexto de que ya estaba enterado el juez.

Desengañense los pueblos todos: en la lucha legal, estando las leyes en manos de sus enemigos, serán vencidos siempre, porque los tiranos no temen á la razón ni á la justicia; temen únicamente á la fuerza.

No quiere decir esto que sea preciso abandonar los medios legales; nó, lo que queremos significar es que no bastan. Conviene usarlos, pero además hay que estar prevenidos para rechazar cualquier atropello como se previenen los pastores para defenderse del lobo, uniéndose, procurando ser más fuertes y haciendo sentir esa superioridad cuando sea necesario.

Si el pueblo de Alayor hubiese sido más conecedor de sus derechos, si hubiese sabido la fuerza que la unión puede prestar á los trabajadores desvalidos: ¿hubiera tolerado las insolentes risotadas con que algunos señores celebraban su miseria y su desesperación durante la crisis del año pasado? ¿Hubiera tenido que oír con resignación aquel consejo burlesco de que *los pobres deben vertirse con estera de esparto*, que les lanzó á la cara el más vil de sus opresores?

Mientras no sepan defenderse por si mismos, mientras no adquieran, por la instrucción y la solidaridad, fuerza propia para romper sus cadenas, los pueblos podrán cambiar de amos, pero nunca dejarán de ser esclavos.

¡SOLIDARIDAD!

Si los obreros de todos los países poseyeran esta hermosa virtud, no habría peligros en la cuestión social. La solución de los que hoy se llaman pavorosos problemas vendría por si misma y la clase trabajadora alcanzaría con muy poco trabajo la plenitud de sus derechos y la realización efectiva de sus justísimas aspiraciones.

Afortunadamente, en el corazón de los obreros menorquines ha comenzado á echar raíces este salvador sentimiento. No hace muchas semanas la sociedad «Paz y Trabajo» contribuyó con 50 pesetas al sostenimiento de la huelga que acaban de ganar los fundidores barceloneses.

Estos días la misma cooperativa tiene abierta una suscripción en favor de los obreros ladrilleros de Barcelona; y «La Obrera», de Ciudadela, ha organizado una fiesta, secundada por el casino «Diecisiete de Enero» y la sociedad coral «La Alborada», recaudándose unos 15 duros con el mismo objeto.

Se trata de ayudar á unos compañeros que se habían constituido en cooperativa de producción y logrado montar una fábrica de ladrillos, que representaba las economías de todos y el entusiasmo y la constancia mejor acreditados. A los pocos meses de construída la fábrica cuando marchaba perfectamente y los asociados fundaban en ella las más risueñas esperanzas, el 27 de Septiembre último un temporal furioso apagó los hornos é inundó las galerías, convirtiendo en bloque informe más de 300.000 ladrillos que estaban cociendo. Se estiman en diez mil pesetas las pérdidas sufridas.

Las cooperativas catalanas, la prensa y todas las sociedades obreras de Barcelona y otros puntos han acudido para procurar remedio al mal, con el generoso propósito de salvar á los cooperadores ladrilleros de la ruina, intentando reconstituirles su fábrica, fruto de tantos trabajos y privaciones, en el mismo estado que se encontraba antes del fatal siniestro.

A los trabajadores menorquines nos dirigimos y á cuantos se afligen por los males de la clase obrera. La cooperativa «Paz y Trabajo», de esta ciudad, admitirá los donativos que quieran destinarse á tan benéfico objeto, sin desdeñar las cuotas pequeñas, al contrario, agradeciendo lo poco de los que pueden poco como lo mucho de los más pudientes ó mejor convencidos de la necesidad del mútuo auxilio.

El Señor Delegado del Gobierno de S. M. en esta isla, nos traslada un oficio del Ministro en que se amenaza á los periódicos que aconsejen que no se paquen los impuestos.

No nos será difícil transigir ante las exigencias ministeriales, por cuanto aquí solo deja de pagar el que no tiene con qué.

ADVERTENCIA.—Suplicamos á los que quieran recibir este periódico todas las semanas que se sirvan dar las señas claras de su domicilio á nuestro administrador Francisco Montolio.

Los precios son:

Un ejemplar. 5 céntimos

Paquete de 25 ejemplares 1 peseta

Se publica los sábados.